

Centro de Propaganda y Defensa Nacional

LA PAZ - BOLIVIA

CONFERENCIA

**Dada por el Teniente Coronel del
Ejército del Perú**

Don JULIO C. GUERRERO

**En el Salón de la Universidad Mayor
de San Andrés de La Paz**

FB

303.66

G934c

1933

Imp. Arnó Hnos.-Comercio 129-133.

LA PAZ - BOLIVIA

0064

303-66
6934c

Centro de Propaganda y Defensa Nacional

LA PAZ - BOLIVIA

CONFERENCIA

Dada por el Teniente Coronel del
Ejército del Perú

Don JULIO C. GUERRERO

En el Salón de la Universidad Mayor
de San Andrés de La Paz

1933

715100

Imp. Arnó Hnos.-Comercio 129-133.

LA PAZ - BOLIVIA

TEMAS:

La Dirección Política y la
Conducción de la Guerra.

El Factor Propaganda.

Las Fuentes energéticas de
la Patria.

“La Escuela del Peligro”.

A manera de Prólogo

En vista del éxito alcanzado por el Coronel Don Julio C. Guerrero en su conferencia sobre «La Dirección Política y la Conducción de la Guerra», «El Factor Propaganda»; «Las Fuentes energéticas de la Patria»; «La Escuela del Peligro», que tuvimos el agrado de escuchar en el Salón de la Universidad de San Andrés, el *Centro de Propaganda y Defensa Nacional*, a petición de muchas personas, ha resuelto publicarla encomendándome escribir algunas líneas a manera de Prólogo.

No preciso hacer la presentación del Coronel Guerrero, figura hárto conocida y apreciada por los bolivianos, cuyo nombre saliendo de las fronteras de su patria, se ha consagrado como una de las mentalidades militares más sobresalientes de la América; tampoco me propongo hacer una crítica a la conferencia, porque ni soy el llamado para hacerlo, ni caben comentarios sobre ella por la claridad meridiana con que desenvuelve sus temas; claridad que revela profundo conocimiento de la materia que trata, y que se traduce en admirable precisión de conceptos. Por otra parte, la situación de guerra me obliga a abstenerme de hacer aplicaciones concretas de los abstractos razonamientos del conferenciante.

Las presentes líneas tienden simplemente a exteriorizar el agradecimiento de los bolivianos al inteligente militar peruano, quien, cordialmente adicto a nuestra causa, anhela nuestro triunfo, se interesa hondamente en nuestros problemas guerreros que los ha estudiado a fondo, conociendo detalladamente cada una de sus características.

Los consejos que se desprenden lógicamente de la alta mentalidad del conferenciante deben ser tomados en cuenta por el pueblo, por el ejército y por el gobierno por estar concebidos en elevados fines; no pudiendo objetarse ni remotamente que sus palabras estén impregnadas de pasión, ni interpreten tendencias de banderío político u otros fines bastardos. Sus justas apreciaciones, sus observaciones inteligentes y sanas advertencias, por venir de quien vienen; de un eminente militar peruano, amigo y hermano, revestido de prestigio continental, es seguro que nos prestarán el inmenso favor de hacernos meditar. No será pequeño el beneficio para los bolivianos si arrancáramos consecuencias útiles de los inteligentes y desapasionados razonamientos del conferenciante.

José Salmón Ballivián.

Discurso de presentación del Coronel Julio A. Díaz, a nombre del Círculo Militar.

Distinguido auditorio:

Auspiciado por el Centro de Propaganda y Defensa Nacional, así como por el Directorio del Círculo Militar de Bolivia, el señor Comandante Don Julio C. Guerrero, ilustre jefe del Ejército hermano del Perú, ha tenido la gentileza de brindarnos con una conferencia, la misma que debía llevarse a cabo en el local del Círculo Militar; pero, con el objeto de dar mayor amplitud cual merece a esa exposición que hará el distinguido jefe, se ha elegido este salón de la Universidad.

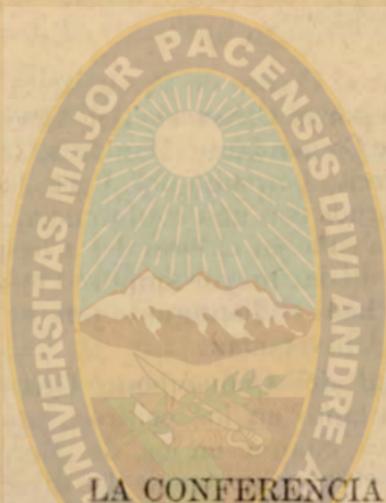
La personalidad del Comandante Guerrero es ampliamente conocida tanto en los centros intelectuales y militares de América, cuanto en los de Europa, por su copiosa labor intelectual sobre temas de diversa índole. Sus experiencias recogidas en los campos de batalla durante la Guerra Europea; sus viajes por distintas partes del mundo y la enorme bibliografía de que es autor, le consagran como uno de los valores más efectivos del mundo de las letras. Sus obras, todas ellas dignas de mención, por su cantidad y calidad, son demostradoras de su intelectual valía.

Ultimamente, invitado por nuestro Gobierno, ha viajado al Chaco, y vuelto de allí, ha traído un bagaje de experiencias y estudios para difundirlos en los centros intelectuales; de ahí, que su autorizada palabra nos hará escuchar en esta su primera conferencia temas que nos interesan sobre manera y que son de actualidad.

Esta ocasión valga para exteriorizar al digno y respetable camarada, el afecto fraternal y la consideración de sus compañeros y amigos del Ejército Boliviano, que tienen a honra contarle como a elemento de sus filas.

Os presento al distinguido orador Comandante Julio C. Guerrero, quien siente por nuestra Patria y por nuestro Ejército, el mismo afecto y cariño que profesa al Ejército y a su Patria nativa.

Señor Comandante Guerrero, tenéis la palabra.



Señoras y señores:



La Dirección política y la Conducción de la guerra

La guerra no es sino la forma drástica de la política, una prolongación de la política que tiende a un fin preestablecido y que, encontrando a su paso una muralla, un foso, un impedimento cualquiera, lo deshace, lo aplana, lo reduce a polvo. En la constitución antropológica humana, la guerra es, con relación a la política, la fuerza centrífuga, mientras la política representa la fuerza centrípeta, y, como en el sistema cósmico estas dos fuerzas no son opuestas sino aparentemente, y en realidad, buscan las dos el equilibrio estable de la materia y la firmeza de la trayectoria de los mundos, la política y la guerra se completan y se asimilan y tienden a un mismo fin.

Considerada la guerra en su aspecto filosófico-histórico, es el penúltimo medio de que se vale la política para conseguir su fin: el último estaría representado por la capitulación y la reposición del nuevo equilibrio buscado por la guerra: la Paz.

Ya lo dijo Maquiavelo, uno de los más agudos intelectos en disquisiciones políticas, en sus famosas obras **EL PRINCIPE Y EL ARTE DE LA GUERRA**: «El político ha de querer el bien de la sociedad, y quererlo fuertemente; tan fuertemente que no sea parte a destruir esta voluntad ningún obstáculo y si se hallare el obstáculo lo ha de vencer y destruir, si posible fuere, por las artes de la paz, y si no, por las de la guerra».

Pero una vez colocada la política en este plano inclinado, no puede echar pié atrás, so pena de correr al desastre. Entonces toda la acción dinámica de militares y políticos debe aunarse, que sólo de este modo resultará la acción poderosa y respetable.

El único medio de alcanzar esta unidad de acción consiste en poner en las manos de una sola persona, en la situación de guerra, tanto la política como la dirección militar. La guerra es el desarrollo máximo de la fuerza del Estado. Ahora bien, mecánicamente, es un principio inconcuso que toda fuerza de grande intensidad debe llevar una sola dirección: partir de un solo punto y caminar sin solución de continuidad y sin divergencias de ningún género, en línea recta. Toda acción del mando, sobre todo cuando debe obrarse con la rapidez fulminante que la guerra exige, necesita esta unidad de dirección.

Sólo con esta unidad político-militar de mando se explican las victorias de Julio César, Alejandro Magno, Federico el Grande y Napoleón. Todos ellos tenían en sus manos las riendas del Estado, política y militarmente: su punto de vista era único, su orientación, la misma; toda la fuerza, pues, era dirigida en demanda del fin propuesto.

Tenemos, por el contrario, la figura procerosa de Aníbal, tan capaz y quizá mucho más que los indicados, y que, sin embargo de sus victorias, tuvo un fin bastante desproporcionado a su genio y a su carrera de triunfos. La desaprobación que halló su campaña brillante en los directores de la política cartaginesa, fué la causa de que Scipión pudiera pasar al Africa y destruir en Zama no sólo el ejército de Cartago, sino su imperio político. Bien dice Colin hablando de Zama: «Elle met fin a la bataille, a la guerre, a la carrière d'Anibal et a l'empire de Carthage».

Y en en este lugar hemos de poner, entre los grandes capitanes de la Historia, a Bolívar —preterido frecuentemente en la enumeración gloriosa con manifiesta injusticia— puesto que, a todas las grandes dotes del

caudillo que se manifestaron en una larga y tenasísima campaña contra el poder colonial, unía la nobleza y magnificencia del fin. Título que no pueden exhibir muchos de esos magnos genios de la guerra. Casi todos ellos lucharon por conquistar, por adquirir lo que no tenían en bienes materiales, en dominios y territorios y soberanías; pocos, muy pocos, por la libertad de su patria, y ninguno por la libertad de un mundo. Este fué Bolívar. Figura alta y ecumbrada; puso su genio y su espada a contribución de una grande idea, la idea de la Libertad. Un mundo oprimido por el servilismo y por la dominación extraña; un mundo esclavizado por circunstancias históricas que no podían perpetuarse a través de los siglos, un mundo que reclamaba un Hombre, como la Humanidad en tinieblas reclamó, dos mil años atrás, un gran Profeta que soñara con la igualdad de los hombres y con el derribo de los opresores. Aquel hombre fué Bolívar: con cortísimos medios levanta su ejército, corre de un lado para otro a lo largo de las cordilleras, de las selvas, a través de los mares. Su genio lo domina todo, todo lo prevé y todo lo organiza. Vence en Boyacá, en Pichincha, en Ayacucho; se enfrenta al poder dominador con un coraje y una bravura que aplanan todas las montañas y vence todas las barreras, y, tras larga brega, logra coronar su obra y funda una inmensa democracia que, infortunadamente, se fragmenta, contrariando la gigantesca concepción política que acariciaba su espíritu.



Pero nuestra época no es campo propicio para tales genios. Han desaparecido o se han modificado profundamente las circunstancias que determinaban su aparición. Nunca hubo una ocasión tan grande para que se revelaran, como la gran guerra; y, sin embargo, pocos, muy pocos, fueron los hombres que sobresalieron con caracteres de verdadera eminencia. Esto sólo pue-

de atribuirse a la variación de las condiciones del Mando. Factores que antes fueron siempre considerados como de segundo orden, han avanzado al primer puesto y algunos desempeñan un papel importantísimo así en la Política como en la Milicia.

Hoy como nunca se hacen indispensables la colaboración y la compenetración recíproca del director político y del caudillo militar; pero ésta compenetración debe arrancar y establecerse desde el tiempo de paz, para evitar entorpecimientos durante la guerra.

Conviene tener una idea exacta de esta relación.

POLÍTICA, es el arte del Estado; incumbiéndole la dirección de los asuntos de éste para la realización de sus fines que todos versan en organizar, defender y tutelar al pueblo; resulta la política «el servicio del pueblo». Como tal no debe atender solamente al presente, sino al futuro y al pretérito; consecuencia con las generaciones que nos precedieron; responsabilidad respecto de las que llegan posteriormente.

Tengamos siempre en mientes esta definición o explicación del concepto «política» para no extraviarnos.

Del otro lado, la ESTRATEGIA en su concepto más elevado puede definirse como el «arte de la guerra». Arte que utiliza las fuerzas combatientes para los fines del combate.

Ahora bien: toda guerra nace de una situación política y tiene y sirve e intenta un fin político.

Por consiguiente: la política determina el objetivo de la guerra y el uso de las fuerzas del Estado para conseguirlo.

Pero la política no sólo determina el inicio de la guerra y su final, sino que abraza, se infiltra en toda la acción bélica; ejerce una influencia permanente, mientras lo permita la naturaleza y condición de las fuerzas que operan en ella.

Es una consecuencia lógica de estos principios que «Política» y «Mando militar» no son cosas distintas en la guerra ni mucho menos contrarias.

El Mando es la política valiéndose de medios militares como de palanca poderosa para llegar a su fin.

No debemos, pues, establecer diferencias y oposición entre la política y la conducción de la guerra, sino establecer discrimen entre los cometidos políticos que tocan a la DIPLOMACIA, y los militares o estratégicos que respetan al Mando.

La índole de las condiciones modernas presta un caracter especial a las guerras últimas y las que en el porvenir estallen. Esta índole será cada vez más acentuada, cada vez más propicia a esta síntesis de Mando y de Política, que es un principio no solo teórico sino práctico.

La potencialidad desarrollada por el acto llamado guerra que abarca a pueblos enteros contra pueblos; que tiende la agresividad de un modo integral, hasta el extremo de corresponder a los ejércitos sólo la categoría de partes de esta unidad combatiente, es un argumento definitivo para no establecer distingos, irritos en la realidad, entre la Política y el Acaudillamiento.

Esta creciente, definitiva y universal formación en línea de batalla de todo un pueblo, de todas sus actividades y de todos sus recursos, acrecienta la importancia de la dirección política del pueblo en la guerra para el resultado de ella. Corolario inmediato de esto es que el conocimiento de las cuestiones militares, en lo que tiene de fundamental, no ha de ser patrimonio exclusivo de los militares: todo estadista, si merece el nombre de tal, ha de conocer el nexo íntimo de los problemas militares y políticos.

Hecha esta aclaración, continuemos.

En los conflictos pasados el poder político deteníase en el momento de declarar la guerra. «Tiene la palabra el honorable cañón» es la frase célebre que determinó el principio de una guerra y no de las antiguas. Declarando el estado de guerra, el político encomendaba al mando militar la dirección, quedando al margen, espectando los acontecimientos. Por su parte, el mando reclamaba

cada vez mayores atribuciones del poder político, hasta acumular en sus manos la mayor suma de ellas, no sólo en el orden propio, sino en el orden político. Al Gobierno se le suponía falta de competencia en los problemas militares, por definición, quedándole solo la facultad de nombrar y destituir el Mando Militar, con lo cual, aun supuesta su incompetencia, resultaba el responsable directo.

Aunque la Historia de la guerra presenta ejemplos poderosos del influjo determinante de la acción política en la conducción bélica, y, apesar de las recomendaciones inculcadas en la literatura clásica militar de ilustres escritores y pensadores militares, los modernos hombres de Estado no se han preocupado, ni mucho menos, de los problemas fundamentales de la milicia, de la política de la guerra.

En la gran guerra se comprobó tamaño descuido.

Solo en el curso de ella, al manifestarse la «suma inconveniencia de que el poder político delegara en tal cuantía la dirección y la responsabilidad de la conducción de la guerra sobre el Mando militar», mostróse la actuación del lado de los aliados de hombres tales como Clemenceau y Lloyd George.

Su participación en la victoria es indiscutible y justifica la necesidad de que el examen y la capacidad sobre los problemas que atañen a la defensa nacional sea también del registro de los hombres de Estado.

Del lado contrario —Potencias Centrales— no apareció ningún político de recia envergadura, para infortunio suyo. En este lado los hombres que reconocieron la necesidad de aunar ambas cosas fueron militares y no políticos.

Pero, hay que manifestarlo, nada consiguieron en tal sentido.

Que la dirección militar deba supeditarse a la dirección política, no significa que ésta intervenga en la condición estrictamente militar, so pena de entorpecer las operaciones y hacer peligrar la consecución del objetivo de la guerra en que está interesada la dirección política

Un General en Jefe enérgico y concededor de sus derechos rechazará las medidas de carácter militar operativo que pretendiera dictar el director político y que fueran parte a entorpecer la secuela de las operaciones. Es, por ejemplo, censurable la intervención de Clemenceau dictando disposiciones en los servicios de retaguardia, como narra en sus «Memorias». En esto rebaja su papel para desempeñar el de Cuartel maestro general. Foch no protestó, tal vez por que consideró que no tenía el asunto mayor importancia.

«Durante el desarrollo de la guerra, la política ha de estar en relación constante con el ejército, ya que éste mientras combate, ha de esperarlo todo de la potencia militar que deja a retaguardia, potencia que la política está obligada a utilizar hasta el último extremo, si sus medios diplomáticos y militares no le permiten la consecución de sus fines».

Pero conviene dejar establecido, como un apotegma con todos los caracteres de principio inconvencible, que la Dirección política y militar para ser fuerte, para ir al fin con la eficacia que la guerra requiere, ha de estar unida, y si esto no fuere posible por razones de impracticabilidad, debe buscarse el nexo armónico de ambas.

Confirmando esta tesis con la autoridad de uno de los más eminentes militares, transcribiendo un párrafo de una carta amabilísima que el general Ludendorff me dirigiera desde Munich, el 7 de abril de 1923.

«Mi querido señor Comandante.....Dice Ud., con razón, que no fuimos vencidos en los campos de batalla, y percibe Ud, claramente que nuestra fatalidad consistió en que LA POLITICA SE SUSTRAJÓ A LAS EXIGENCIAS DEL MANDO, Y DESCONOCIÓ LA ESENCIA DE LA GUERRA.....DIGA A UD. A TODOS QUE LA CONDUCCION DE LA GUERRA Y LA POLITICA SON LA MISMA COSA. ESTA FRASE ES EL FUNDAMENTO DE TODA EDUCACION POLITICA».....

Sentencia de gran peso e interés, ella presenta la clave de uno de los hechos más extraordinarios de la historia humana que haya conocido el mundo. El sentido de impulsión cooperativa de estas dos actividades no permite un apartamiento que reste a ambas energías y produzca un trabajo mecánico, difícil y duro, cuando todo ha de contribuir a aplastar inexorablemente las vallas que opone el enemigo.

Hay un factor más, fundamento tal vez de las anteriores, del Poder Político y del Poder Militar y de la orientación de ambos en el estado de guerra. Un factor con el que no se ha solido contar, cuya influencia, cuya suprema importancia no se ha tenido en cuenta: *La Opinión Pública*.

Los pueblos toman hoy parte más activa en lo que toca a la cosa pública, como que de derecho les pertenece el juicio sobre sus propios intereses.

Los pueblos discuten sobre la gravedad de las causas que determinan un «casus belli»; sobre la oportunidad de las medidas tomadas, y pueden interponer su veto a resoluciones que, a su parecer, fueron erradas.

Esta intervención es cada día más poderosa, y como tiene un fundamento jurídico-social, no es posible ni remóticamente negar un derecho que arranca precisamente de la esencia del Estado y de la naturaleza de estas agrupaciones humanas perfectas.

No comparto, por consiguiente, de la opinión, por respetable que sea, del general von Seeckt, expuesta en su interesante libro. «GEDANKEN eines SOLDATEN», en el artículo «Stadsmann und Feldherr.» Según Seeckt, el político tiene un punto de vista diverso. Pregunta el estadista al militar: ¿Qué puedes tú? ¿Qué pueden los contrarios? Pero el militar interroga al político: ¿Qué quieres tú? ¿Qué quieren los otros?

Es esta la opinión de ayer, cuando el militar llevaba una vida aparte, aislada del pueblo.

Para el imponente cometido de la guerra hay que invocar ante todo, ya sobre todo el pueblo, con todas sus fuerzas físicas, económicas, espirituales y morales.

Sobre él recaerá principalmente la carga pesada, formidable de la guerra; tiene una personería jurídica dotada de todas las cualidades y excelencias de tal: no se puede hacer puente del pueblo para pasar hacia donde lleva la impulsividad de los militares o la imprudente temeridad de los políticos.

Las preguntas que von Seeckt plantea son de segundo orden. En primer término, el estadista y el general, cada uno en su campo de acción, deben interrogar a la voluntad popular, deben cerciorarse de la fuerza de opinión del pueblo y de su capacidad para la formidable tarea que se trata de echar sobre sus hombros. El ejército no es sino la prolongación armada de la voluntad popular. Y es ésta la que, en último análisis, debe de dictar la política. Puede talvez el director político llevar a la guerra a un país sin contar con la opinión pública; pero entonces esta conducción bélica no tendrá la energía que arranca de las disposiciones psíquicas de las masas populares. La opinión pública adversa debilitaría el instrumento de la guerra; las tropas se batirían mal y la victoria sería muy dudosa.

El Factor Propaganda

Nadie puede poner en duda ya el terrible poder de los elementos gráficos: libros, periódicos, revistas, caricaturas, afiches, volantes. Un libro ha hecho mayores conquistas que un ejército poderoso. La «*Enciclopedia*» de Voltaire y la «*Crítica de la Razón Pura*» de Kant, transformaron el mundo ideológico, lo volvieron y revolviéron como jamás, poderoso conquistador, lo había hecho.

La prensa ha sido reconocida como el cuarto poder del Estado. Podemos afirmar que es la base en que se asientan los demás poderes. Los más fuertes, los que parecían los más sólidos, se han venido a tierra, al impulso de esas inofensivas líneas simétricas que va fundiendo el linotipista, en el silencio de su taller.

De ahí el horror de las dictaduras y tiranías contra la prensa libre: saben que es el más ejecutivo enemigo que ellos tienen. El primer cuidado de una dictadura es suprimir la prensa libre. Como el primer cuidado de un saltador, es envenenar o suprimir de un tiro al perro guardián de la casa.

La prensa es la gran guardia de las libertades públicas, y cumple su cometido con una eficacia que no puede menos de sorprender al observador.

No hay gendarmería ni guardia pretoriana, no hay ejército capaz de contrarrestar el impulso, verdaderamente arrollador de una prensa hábilmente manejada.

No vamos a entretenernos en ponderar una cosa ya elevada a la categoría de hecho absolutamente probado: la prensa, para lo bueno y para lo malo, para lo grande y para lo pequeño, para el negocio del mercader y para la ideología del fanático, para los grandes intereses del capitalismo y para los formidables de la Humanidad; para todo es un elemento aplastante, cuya eficacia, cuya fuerza, ya nadie puede negar y disminuir.

Es, pues, evidente que el ejército, más bien dicho el Estado, no puede carecer de esta máquina trituradora, y que forma parte del organismo informativo —no integrante sino principal— y del servicio propulsor de todo mecanismo guerrero, la propaganda por medio del libro, del periódico, de la revista, del volante, de la caricatura, del humorismo gráfico.

¡Cuán maravillosamente supieron manejar los aliados esta máquina, superior al obús de 42, al «Bertha», a los gases y a los tanques.....!

El general Ludendorff confesaba que «los tanques y la metralla de la «propaganda» habían acabado con Alemania»..... Pero hay que poner en primer lugar a la metralla de papel, a la propaganda verdaderamente inteligente que se hizo en aquella época en toda forma valiéndose de todos los medios para desprestigiar a Alemania, para presentar al soldado alemán como el «huno» de la Edad Moderna, para ponderar los hechos de guerra como atrocidades inhumanas, para inventar cosas de un sadismo verdaderamente inverosímil, para dejar a los teutones ante la Humanidad, como un espécimen regresivo al canibalismo.

Ingllaterra, sobre todo, organizó este género de virulenta maquinaria, con sentido de suma inteligencia y conocimiento del corazón humano.

Hasta cerebros iluminados con los fulgores de una inteligencia no común, cayeron en la trampa tendida arteramente por los enemigos de Alemania. Aquella dulce escritora gallega, Sofía Casanova, desde el fondo de Polonia, donde hacía las veces de enfermera, escribía: «Dicen, hablan, escriben que los alemanes machacan a los niños polacos contra el suelo, que hunden las bayonetas en los vientres de las mujeres grávidas, que quemán vivos, en sus chozas, a los labriegos..... No puedo creer estas horrendas atrocidades, pero las repiten Yo he interrogado a quienes me las narran. Siempre me hallo ante el testigo de vista..... ¿Qué quiere decir esto?.....»

Pero, esta es precisamente, la *propaganda*; este es el recurso extremo de una situación extrema que es la guerra.

La guerra, es la suspensión de todos los más grandes derechos de la humanidad, puesto que se suspende el derecho a la vida, fundamento de todos. Se hace añicos el derecho de propiedad, base de la organización de la sociedad actual. Preciso es suponer que se suspende también el derecho, o más bien dicho la obligación de decir la verdad. Desgraciadamente, la propaganda envuelve la obligación de hacer todo el daño posible al enemigo, con todas las armas al alcance de las manos.

Y la propaganda mentirosa fue un arma de tan ejecutiva violencia, que atrajo y concitó, contra Alemania, el odio de la civilización entera, con determinadas excepciones.

Sus enemigos supieron manejarla con una destreza y con una violencia sin ejemplo.

El fusilamiento de Miss Cavell virtuosa y puritana, patriota y suave y dulce, pero que causó grave daño al ejército alemán, produjo enormes montañas de propaganda, de papel impreso, que hicieron un daño terrible a Alemania.

El mismo procedimiento verificado con Mata Hari, no tuvo repercusión sino en espíritus románticos y admiradores de la belleza plástica de la exótica bailarina.

Las baterías aliadas destruían monumentos con la misma ferocidad que las baterías alemanas; pero solo se hablaba en el mundo, de la catedral de Reims y de Lovaina. Las balas de todos los beligerantes causaban horrosos estragos..... pero, parece que el mundo creía que, sólo los proyectiles teutones, eran los criminales. Todo esto era fruto de la propaganda, admirablemente organizada, régicamente pagada y finamente agradecida.

En el espíritu alemán, no entró esto como factor de importancia.

Alemania creyó que con sus obuses de 42 cm., sus gases asfixiantes y sus elementos profusos de lucha, podría suplir, suficientemente, este medio. Estimaba en más una granada, que un periódico; un ataque de explosivos, que un libro; una batería, o un nido de ametralladoras, que un planfletó burlesco, y..... tuvo que experimentar las consecuencias aterradoras de este descuido, de ese desprecio, de esa falta de previsión admirable en esa organización.

Del lado alemán se descuidó, pues, esta nueva arma, cada vez más ejecutiva en el mundo. Su gran servicio de espionaje y de información, careció de este auxilio que no creyó necesario en el principio, aunque después se dió cuenta de su decisiva importancia. No paró mientes en captarse la simpatía de los periodistas y escritores del mundo entero, como lo hicieron sus contrarios, y pagó bien cara su falta de adaptación al medio ambiente, en punto de tanta consideración.

Puede decirse que, durante toda la guerra, este flanco de ella, estuvo descubierto, y sus enemigos pudieron inferirle todas las heridas y descargar todos los golpes que les plugo sin respuestas de la misma entidad.

Algunos escritores —sobre todo en España— que la defendían y contestaban los golpes de sus enemigos, lo hacían oficiosamente, generosamente, llevados más de las convicciones de su espíritu que de otra cosa.

Alemania no los alentó ni les manifestó su gratitud..... y la ola arrolladora de papel continuaba ocultando la verdad y arrojando sobre Alemania los gases venenosos de un cúmulo de cargos de los que permanecen en pie aún muchos de ellos, que sólo el tiempo se encargará de destruir.....

Pero, en lo que hace al fin propuesto, para estos medios de acción, la propaganda aliada cumplió su cometido y mostró una vez más y con mayor elocuencia que nunca, la necesidad de que todo Estado se preocu-

pe por todos los medios posibles, de hacer atmósfera en las esferas de publicidad, atraerse a los escritores, periodistas, gráficos de todo género, y tener en cuenta que forma parte del servicio de información y de política de captación anticipada de voluntades, esta propaganda que hay que atender muy de propósito y sostener generosamente.

La divisa de la propaganda inglesa había sido: «Hit first, hit hard, hit anywhere» (Dá primero, dá fuerte, dá dónde puedas). He aquí el secreto de su formidable éxito.

Podemos nosotros tomar como modelo de este género de propaganda organizada, la más perfecta que funcionó durante la guerra: la propaganda inglesa.

Esta no descuidó medio de captación, de adhesión de estímulo y monetario para atraerse simpatías y formarse, en todos los pueblos neutrales, núcleos de propagandistas, muchos de ellos de buena fé, otros interesados económicamente, y otros, captados por una enérgica propaganda.

En nuestros países de Hispanoamérica, tuvo lugar también esa propaganda y ya se vió con qué éxito; la prensa en su inmensa mayoría, se adhirió a los aliados por el vehículo de la propaganda inglesa. Se habló de afinidad de raza, razón por cierto muy pintoresca, tratándose de nosotros. Pero es que los ingleses dividieron, para sus propósitos, el mundo, como los romanos lo habían hecho antes: en aliados y bárbaros, y fué tal la fuerza de repetirlo que el convencimiento arrastró a las noventaicinco partes de la prensa hispanoamericana. Eran contados los periódicos de esta sección del planeta que se hubieran adherido a un franco neutralismo o a un claro germanofilismo.

Los comunicados oficiales.

El comunicado oficial ha de ser serio, exacto, sobrio, preciso, teniendo en mientes ante todo la verdad; al involucrar en ellos extremos tendenciosos, comienzan a perder su virtud estos documentos oficiales y pronto carecen de esa fuerza de convencimiento que llega a ser incluso una fuerza positiva de propaganda bien encaminada.

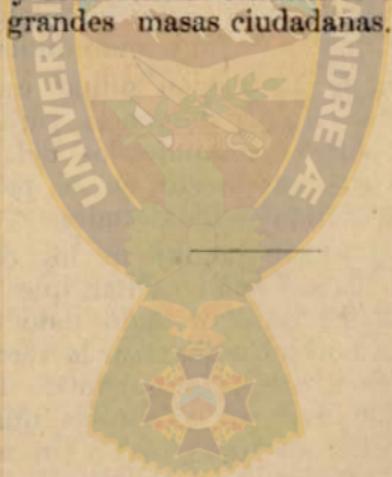
Los comunicados oficiales dan el índice para apreciar la situación militar del momento en sus trazos generales, pero también para compulsar el estado de ánimo de los contendientes. Hay ciertos comunicados que llamaríamos «avestruces» que esconden la cabeza en una redacción vaga o alambicada, pero que no escapan a la penetrante mirada del experto ni mucho menos. Tales comunicados son indignos de un mando militar serio.

La importancia de la situación militar impone a la prensa sagacidad, discreción y diligencia, para rectificar oportunamente los partes o comunicados del adversario y evitar así que, al ser reproducidos en el país, puedan motivar infundadas alarmas e inquietudes.

Puede ocurrir y ocurre que uno de los contendientes juzgue vacilante su situación militar, que el Mando pierda toda serenidad y eche de lado todo escrúpulo, entonces ya no le importará tergiversar la verdad en los propios comunicados oficiales, con objeto de levantar la moral de la población civil, por tenebrosas que se dibujen las perspectivas del resultado final. Un mando firme y consciente de su misión y de su responsabilidad callará lo que conviene callar, pero nunca mistificará la realidad del acto guerrero.

La escuela de la propaganda que dió —como se ha expuesto someramente— tan famosos resultados en la Gran Guerra, ha dejado enseñanzas que también se han puesto ya en práctica en nuestros conflictos o conatos bélicos suramericanos.

En el actual conflicto boliviano-paraguayo también ha jugado y juega importantísimo papel este nuevo elemento de lucha. Hay que convenir que en este extremo llevó la iniciativa el Paraguay y esa iniciativa le proporcionó ventajas de consideración que supo aprovechar diestramente. Al comienzo y aún durante gran parte de la guerra, las simpatías se pusieron de parte del Paraguay. Esto era el resultado de una hábil propaganda. Felizmente el *Centro de Propaganda y Defensa Nacional*, fué a la contraofensiva y poco a poco ha comenzado a verse cómo el ambiente va cambiando y reconociéndose los derechos que asisten a Bolivia.—Pero no debe descuidarse esta acción propagandista, sino por el contrario intensificarla tanto fuera del país, cuanto en el interior de la nación por medio de aclaraciones patrióticas y conferencias tendientes a levantar el espíritu de las grandes masas ciudadanas.



Las Fuentes energéticas de la Patria

Al iniciarse la Gran Guerra aún podíamos decir que iban a luchar ejércitos contra ejércitos. En efecto, las grandes masas perfectamente organizadas avanzaron las unas contra otras: nunca el mundo vió semejantes multitudes perfectamente entrenadas para su cometido. Los ejércitos de Jerjes; los de Tamerlán, los de Gengis Khan; los infinitos soldados de Saladino, los que aglomeró la Europa cristiana contra la Media Luna para arrancarle el Sepulcro de Cristo; los de los tiempos posteriores, hasta la «Grande Armée» que invadió Rusia llevando a su frente a Napoleón: todo esto era minúsculo, simple aglomeración militar insignificante, si la comparamos con las masas espantosamente densas que comenzaron la guerra de 1914.

Pero luego no fueron ya los ejércitos los que lucharon, sino los pueblos contra pueblos. Podíamos afirmar que, por lo menos en Europa, no había nadie que no formara en alguna de las filas que seguían unas a otras en importancia, desde el frente avanzado hasta la última retaguardia de los que, lejos del fuego, procuraban avivarlo en las fábricas, en el campo agrícola, en la fundición, en las oficinas, en el taller, en el mismo hogar.

Cuando la guerra captó las tres dimensiones, ya no dejó indiferentes sino beligerantes: metió a todos en la colada, universalizó la faena y considerando a los ejércitos sólo como un instrumento de primer choque, se tiró a fondo sobre los pueblos mismos.

Sírvese la guerra de todas las artes, de todas las industrias; estas cambian de sistemas y cambian de métodos: por lo tanto la guerra igualmente tiene que adquirir el sello de la época y el espíritu del siglo. Nuestro siglo —y con mayor fuerza los sucesivos— es eminente

solidario; encaja todos los elementos sociales de un organismo, de tal modo dispuesto, que no escapa ninguno a la mancomunidad y a la relación de afinidad.

Es por esto que la guerra adquiere un carácter muy distinto de lo que fué hasta ahora, y es conveniente conocerlo y estudiarlo para la eficaz conducción y sostenimiento de aquella.

El concepto humano tiene que ser eminentemente defensivo. El Estado acude a sostener sus derechos, a tutelar sus tesoros, rodear de garantías a los ciudadanos propios. Todo esto es una guerra defensiva, organizada en este sentido.

Urge, por lo tanto organizar dentro del país los medios morales y materiales que contribuyan a este fin de resistencia.

Los medios materiales consisten, entre otros, en:

Mantener siempre en aptitud de entrar en acción eficaz al Ejército Nacional, bien armado, perfectamente instruido, abundantemente pertrechado y dotado de todos los medios técnicos modernos;

—orientar la industria nacional de manera de poderla utilizar, y realizar su transformación en sentido militar;

—prevenir las medidas de carácter económico para el sostenimiento de la guerra;

—del mismo modo las que se refieren a la agricultura, para el mantenimiento del ejército y de la población civil;

—organizar la cooperación civil técnica para su actuación sincrónica con el elemento militar.

Abramos ahora un corto paréntesis para dirigir una mirada retrospectiva al inicio del conflicto boliviano-paraguayo.

(La actual guerra encontró a Bolivia desprevenida. Ciertamente que su ejército se hallaba perfectamente instruido

y disciplinado, pero estaban incompletos sus cuadros. Las guarniciones del Chaco no tenían ni las dos terceras partes de los efectivos asignados. Los nuevos contingentes se hallaban en el Altiplano recibiendo su instrucción. En el aspecto técnico no se había previsto nada, ora porque todavía existiese marcadamente el viejo concepto de la guerra; ora porque el conflicto bélico, más bien dicho la campaña, tomase un desarrollo precipitado. Pero la guerra moderna, cualquiera que sea su carácter, regular o irregular, no se hace con sola la Táctica sino que supone la colaboración simultánea de la Técnica y de la cooperación civil.

Aparte de estos extremos, hay que tener en cuenta la situación geográfica del Chaco Boreal con respecto a Bolivia y el Paraguay. Una breve, pero rotunda, contrastación dará la medida apreciativa para ambos contendientes.

El Paraguay está inmediatamente conectado con el Chaco. El paso del río de su nombre se verifica fácil y rápidamente por varios puentes; de su margen derecha de la corriente parten hacia el oeste tres o más líneas férreas que se internan de ciento cincuenta y doscientos kilómetros en la región chaqueña. La situación de Bolivia, es distinta. El río Pilcomayo que une la patria con su colonia, carece de puentes y el tránsito se realiza en forma lenta por medios escasos y primitivos.

Las tropas bolivianas, desde el Altiplano hasta las llanuras del Chaco deben recorrer 800 km. de ferrocarril hasta Villazón y luego más de 1,000 km. en su mayor parte de malos caminos y atravesar arenales intransitables para convoyes. Los soldados paraguayos para salirles al encuentro y enfrentárseles, solo deben salvar 300 km. Los bolivianos, pues, deben caminar 6 veces más.

En materia de transportes, la tonelada de carga, desde el Altiplano hasta el Chaco, significa para Bolivia, un desembolso de sobre poco más o menos, Bs. 1140; el mismo peso cuesta al Paraguay unos Bs. 115. Bolivia

debe gastar, pues, 9 veces más para trasladar hasta el frente igual cantidad de carga.

Un soldado que parte del Altiplano, hasta llegar al Chaco, cuesta sobre poco más o menos, Bs. 270, sin equipo, municiones, armas ni uniforme; un paraguayo, para ponérsele al frente, demanda unos Bs. 48. Bolivia debe pagar por cada soldado movilizado hasta el frente, 6 veces más.

Bolivia, en su transporte de concentración, desde el Altiplano hasta el Chaco, debe emplear 14 días; el Paraguay solamente 3. Bolivia tiene que calcular un tiempo 4 y $\frac{1}{2}$ veces mayor que el Paraguay.

Contémplese con serenidad este cuadro, cáculense las desventajas y dificultades reales bajo las cuales Bolivia entra en la brega. Y entonces habrá que admirar cómo y mediante qué esfuerzos colosales vence todas estas desfavorables condiciones, y tras momentos de incertidumbre, yérguese de nuevo el ejército y marcha ya firme y seguro camino del triunfo).

Ahora, continuemos.

El ejército de campaña está sustentado, renovado vivificado por el país: el desgaste y empobrecimiento de éste refluye inmediatamente en el otro. La guerra crea nuevas necesidades y es forzoso crear o descubrir nuevas fuentes de energía o aumentar las existentes. No sólo ha de hacerse la movilización puramente militar, sino también otra movilización de voluntades, de energías, de medios que consigan mantener al país en una situación de prosperidad interna, que es la única garantía de triunfo.

Así la industria nacional tiene que sufrir por la movilización del personal que resta mano de obra. La selección tiene que verificarse en este sentido para llenar todas las necesidades echando mano de todos los elementos que están al alcance, incluso de los neutrales,

emigrantes, prisioneros, y aún de las mujeres. No basta ciertamente la abundancia de mano de obra para llenar estos vacíos y deficiencias provenientes de la demanda ilimitada que hace la guerra de todas estas materias; es preciso aunar los esfuerzos, coordinar el trabajo, tecnificarlo, para asegurar a la población y, por lo tanto, al ejército, el material que necesitan.

Hay que promover la importación que consiga mantener en el país el «stock» necesario y no suspender de un modo absoluto la exportación para no perder el cambio de productos y los mercados extranjeros que son condiciones de economía nacional indispensables.

Hay que continuar, pues, un acopio de aprovisionamiento que exceda a la probable necesidad; crear medios de hacer constante este aprovisionamiento; y procedimientos racionales y tecnificados para su distribución.

En cuanto a transportes se debe cuidar de que las necesidades de la guerra no absorban tan profundamente, tan absolutamente esta actividad que no quede nada para las necesidades comunes de la población. Esto sería un grave error. Hay que equilibrar las cosas y dar a los fines de la guerra la mayor parte y dejar para los de la actividad ciudadana y mercantil interna, una parte que satisfaga dichas premiosas necesidades.

Asegurados estos recursos de orden material, queda aun el asegurar los de orden moral, ético e ideal.

Consisten los medios morales en interesar al pueblo en la causa. Una causa que no interesa; un motivo que solamente atañe a un interés particular o a un título que no alcanza a la masa social, no podrá jamás adquirir la fuerza de resistencia que proviene de la unión de voluntades de la masa; no despertará entusiasmo ni logrará poner en acción a los asociados.

El espíritu es superior a la materia, y en la guerra esta supremacía crece de punto. Es urgente aprovechar esas energías raciales que duermen en el fondo del alma

de todo el pueblo; es preciso exaltar el ánimo y la virilidad y la arrogancia características del pueblo para poner en línea todas estas virtudes en los momentos de las grandes crisis.

Hay que tender por todos los medios a mantener la moral de la población civil, porque allí se halla una de las mayores claves del éxito. Para levantar el ánimo, para combatir las propagandas subversivas; es preciso llamar a la lealtad a los partidos políticos, aunar los esfuerzos de los intelectuales, dirigentes espirituales, universitarios, guías obreros, en el sentido de la defensa patria y de los altos ideales defendidos en la guerra.

Para que la guerra sea efectiva y de positivos resultados, es preciso que tenga carácter nacional, eminentemente nacional, que a ella se concrete la vida de la colectividad en toda su amplitud y que vaya a ella y la sostenga la totalidad del país.

No le es posible a un país hacer la guerra con un sector, con un partido por grande que sea, por poderoso que parezca. La guerra es de tal naturaleza que todo fraccionamiento produce una falla que se multiplica, se agranda y repercute en el frente de la acción bélica con caracteres de verdadera desintegración. Este es un hecho probado en el decurso de la historia de todos los pueblos. Y la conducción y sostenimiento de la guerra moderna, aún en las de carácter irregular, demanda conjunción y no dispersión de esfuerzos.

Hoy más que ayer, la guerra es un acto de pueblos. Ya el ejército no es más que el brazo acerado extendido hacia el enemigo, pero la fuerza de resistencia y energía es el pueblo, la unanimidad del pueblo. Un ejército sin el respaldo del rodrión ciudadano, pronto se debilita por grande que sea su heroísmo. En suma, pues, es la nación en masa la que empuña las armas para defender su soberanía y su integridad.

La Escuela del Peligro

No cabe duda alguna sobre el interés muy grande que respecta a los Estados de educar a los ciudadanos en la «escuela del peligro».

El hombre es súbdito del miedo, desde que nace; es su esclavo.

Freno puramente imaginario muchas veces, atrofia su acometividad y lo reduce a la impotencia.

El miedo tiene muchos aspectos; en la Edad Media se vió hombres de un valor personal indomtable, terrible, que huían como gamos ante los vestiglos y duendes de que estaba poblada su imaginación.

Los prejuicios y exageraciones forman un «subconciente» que tiene más de fantasmagoría que de realidad. Si antes se temía en general a los vestiglos, hoy, apesar de los progresos, quedan aún muchos vestiglos que es preciso desbrozar de la imaginación de los hombres.

Este pánico, este temor infundado se parece mucho a la superticiosa preocupación de los toreros gitanos. Hay alguno —el Gallo— que es una fiera más grande que el más bravo Miura en cualquier ocasión; pero si al salir para torear tropieza con un fraile, el terror lo domina, y huye vergonzosamente de cualquier bicho de mala estampa.

Uno de los secretos del arrojío de los ejércitos musulmanes de la Edad Media y principios de la moderna es su fatalismo; su despreocupación de esa serie de fantasmas que pueblan el cerebro religioso de nuestra gente.

Un diligente observador militar que estudió largamente la constitución y el modo de ser de los japoneses, afirma que un porcentaje de sus éxitos militares lo deben a la increíble despreocupación oriental sobre el problema tremendo para los occidentales de la «muerte».

Por el honor guerrero, el *Samuray* ordena, y los japoneses lo cumplen en hacerse sin vacilación el *harahiri*. Quienes mueren en el campo de batalla son dioses. Por esto, sólo para tomar Puerto Arturo sacrificaron 50 mil hombres con un estoicismo que sorprendió y aplastó a los rusos.

Esta educación del peligro; esta escuela del honor y de la serenidad ante un peligro verdadero, son de todo punto necesarios, en esta época en que aquel se cierne por todas partes y sólo el valor, la serenidad, el dominio sobre el gran simpático pueden salvar a los ciudadanos.

Aún las masas entrenadas en el peligro, los hombres con largo contacto con la muerte, en la gran guerra, cuando de pronto vieron aparecer en el frente unos horribísimos aparatos de hierro a manera de monstruos que vomitaban fuego y aplastaban cuanto hallaban a su paso, fueron presa de un pánico indescriptible.

Tiene además el pánico otras cualidades: es eminentemente contagioso; es la sugestión colectiva de que habla Freud, que se multiplica por la masa y crece con una vertiginosa rapidez hasta ocasionar verdaderos «chocs» nerviosos de la multitud.

La conmoción experimentada en las retaguardias cunde intensificada en los habitantes de una ciudad y de las poblaciones inmediatas. Y, por regla general, son más susceptibles de esta sugestión los más alejados en dichas poblaciones que quienes desafiaban el peligro cara a cara en la línea de fuego.

Al invadir los rusos la Prusia Oriental el pánico fué allí indescriptible; otro tanto aconteció en el avance alemán sobre las poblaciones rusas o polacas, aún en ciudades y pueblos que se hallaban muy distantes de la zona peligrosa.

Esto proviene de que afecta más al hombre el peligro desconocido, agrandado por la fantasía, que el verdadero y que tiene en toda su realidad delante de los ojos.

Estos medios modernos de lucha, tienen en realidad una mortífera acción; pero la fantasía y los nervios no dominados extienden desmesuradamente la zona de peligro: el pánico que producen es infinitamente más eficaz; su acción moral sobre sistemas nerviosos no preparados, es espantosa.

El terror, siempre injustificado, es causa de retraso y de pérdidas considerables de valores humanos. Es que, en este estado síquico, la inteligencia se oscurece de tal modo que el hombre llega a parecerse a esas manadas de tímidos ciervos que escapan al ladrido de un perro.

Por eso es urgente, es un deber social, democratizar la educación del peligro.

Sí, en nuestro concepto, todo elemento, sin distinción de sexo ni condición, debe formar en línea en su categoría en esta democratización de las fuerzas de una nación, es obvio que hay que prepararlas para evitar estragos y para tutelar la vida de los valores humanos.

Al fin de demostrar que el pánico puede en cierto modo ser dominado por esa escuela del peligro, es necesario analizar los hechos comprobados infinitas veces en la gran guerra, como los siguientes:

—el terror se apodera rara vez de los hombres que se hallan en el núcleo del peligro, en la línea de combate;

—crece él conforme se aparta del núcleo a la periferia;

—el pánico producido por la aparición repentina de un medio de exterminio iba mermando poco a poco, conforme se iba acostumbrando el combatiente a tales medios drásticos;

—durante la guerra, la gente de las etapas era más propensa a tales conmociones;

—la aparición de un peligro nuevo, mayor o menor, dominaba siempre al terror causado por un peligro anterior.

Sea cual fuere el aspecto de la guerra, cumple a los pueblos prepararse y prevenirse con una educación intensiva.

Nos referimos acentuadamente a la «educación» y no a la instrucción. Porque todo el esfuerzo de los gobiernos consiste en desterrar el analfabetismo, pero se descuida de la educación de las masas. El saber leer es un «stratum» del hombre civilizado. Pero sobre este «stratum», hay que levantar el edificio de la educación. Aquella desbroza el cerebro, esta morigera y templá el espíritu. Aquello es bueno, pero este otro es mejor,

Un pueblo simplemente alfabeto, destituido de educación, en su aspecto regular, indispensable, es un triste pueblo.

Grande error de la civilización incoada, elemental, en que se cuida mucho de que el pueblo sepa interpretar los signos de la palabra, pero se le deja ignorar el modo de interpretar los signos de los tiempos, de las contrariedades, de las difíciles situaciones de la vida.

Cada casa, cada hogar, cada cuartel deben de ser ante todo un gimnasio de la voluntad y del carácter. Una universidad del deber, del honor y del peligro.

Esto es lo único que puede dar a un pueblo esa fortaleza anímica, esa serenidad ante el peligro que lo haga superior a la brutalidad mecánica de la materia.

*PALABRAS FINALES del señor Alfredo As-
carrunz, presidente del Centro de Propagan-
da y Defensa Nacional.*

Señoras y Señores:

El Centro de Propaganda y Defensa Nacional, me encarga agradecer rendidamente al distinguido auditorio que ha realizado con su presencia, la interesantísima conferencia con que nos ha honrado el distinguido militar y hombre de letras peruano, Comandante Julio C. Guerrero.

Agradece también por mi intermedio al ilustre conferencista, que desde sus juveniles años, consagró su corazón y su espada al servicio de su Patria y puso después su indiscutible talento al servicio de la justicia y del triunfo del derecho en América.

Al saludarlo a nombre del Centro, doy por terminado el presente acto.
